

ta años, llamábase Don Abel, y estaba hospedado en una posada particular, donde ocupaba un quarto decentemente alhajado. Luego que despertaba por la mañana era mi primer cuidado picarle tabaco para fumar cinco ó seis cigarros, limpiar los zapatos, acepillar el vestido, ayudarle á vestir, y despues llamar al barbero y peluquero para que le viniesen á ateytar y peynarle la peluca. Hecho esto salia de casa, recorria varias tiendas y mostradores de conversacion, y casas de juego, y no se retiraba á la posada hasta las once ó doce de la noche; pero todas las mañanas antes de salir de casa sacaba tres reales de la faltriquera y me los entregaba para que comiese dexándome en libertad todo lo restante del dia, contentándose con que me hallase en casa quando se retiraba. Dió orden para que se me hiciese una librea muy chusca, con la qual propiamente parecia lo que verdaderamente era, un postilloncico de comisiones galantes. Estaba yo muy contento con mi oficio, porque verdaderamente se acomodaba á mi humor.

Ya habia pasado casi un mes que me hallaba muy gustoso de tan buena vida, quando el amo me preguntó un dia, si estaba contento con él; contentísimo, le respondí sin detenerme un punto. Ora bien, repuso él, pues mañana hemos de partir á Sevilla donde me llaman ciertos intereses y negocios. No te pesará ver aquella digna capital de Andalucía, pues

ya

ya habrás oido muchas veces que *quien no vió á Sevilla no vió maravilla*. Que me place, respondí yo, pronto estoy á seguir á Vmd. á qualquiera parte del mundo. Con efecto al amanecer del dia siguiente vino á la posada el ordinario de Sevilla y se llevó un gran baul donde estaba la ropa de mi amo, y luego nos pusimos en camino de dicha ciudad.

Era el señor Don Abel tan afortunado en el juego que solamente perdía quando queria perder: esta habilidad le obligaba á mudar á cada paso de habitacion por no estar expuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos que se dexaban engañar: y este fue el verdadero motivo de nuestro repentino viage. Llegados á Sevilla, nos alojamos en un meson de caballeros vecino á la puerta de Córdoba, donde comenzamos á vivir ni mas ni menos como en Toledo. Pero mi amo halló gran diferencia entre las dos ciudades. En los cafés y casas de juego habia jugadores tan diestros y afortunados como él: esto en realidad le daba poco gusto, y volvía á casa de mal humor. Una mañana en que todavía le duraba la rabia por haber perdido cien doblones el dia antecedente me preguntó, ¿por qué no habia llevado la ropa sucia á la lavandera? Señor, le respondí, porque enteramente se me olvidó. Al oír esto entró en una furiosa cólera, y descargó en mi pobre rostro media docena de bofetadas tan terribles, que me hicieron ver mas luces que las que ha-

N 2

bia

bia en el Templo de Salomon, diciéndome al mismo tiempo: toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez no te olvides de cumplir con tu obligación. ¿Quieres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿Se te ha olvidado algún día el comer ni el beber? ¿Pues por qué eres tan olvidadizo en lo que toca á servir? No siendo una bestia, como no lo eres, bien podías prevenir lo que debes hacer sin esperar á que yo te lo acuerde. Diciendo esto se salió muy enfadado del quarto, dexándome sumamente sentido, y con deseos de vengarme de las bofetadas que me dió por una falta tan ligera.

Poco despues le sucedió no sé qué aventura en el juego, por lo qual volvió á casa tan rabioso que no se le podia mirar á la cara. Scipion (me dixo) he determinado partir á Italia y embarcarme mañana en un navio Genoves que está ya pronto para volver á Génova. Tengo razones para no excusar este viage; espero me querran acompañar en él, y no malograr esta ocasion de ver el pais mas delicioso del mundo. Respondí que venia en ello; pero en lo interior muy resuelto á desaparecer al mismo tiempo de partir. Andaba pensando en el modo de vengarme de las bofetadas, y me pareció que este era el mas ingenioso y delicado. Satisfecho y vano de que me hubiese ocurrido este pensamiento, no pude contenerme sin comunicársele á cierto valenton perdona vidas conocido mio que encontré casualmente en la calle. Habia yo hecho

en

en Sevilla varios malos conocimientos, y el de este guapo era uno de los peores. Referíle el lance de las bofetadas con el motivo de ellas, y confiándole mi resolucion de dexar al amo escapándome quando se fuese á embarcar, le pregunté qué le parecia de esta determinacion.

El valenton arqueando las cejas y retorciendo el bigote me miró con desden, y me dixo con mucha gravedad: mal aconsejado rapaz, tengo lástima de tí; sábete que serás un hombre sin honra por toda la vida si te contentas con la frívola venganza que has meditado para volver por tu honor. No basta dexar el servicio de Don Abel y retirarte para siempre de su casa; es menester que la satisfaccion sea proporcionada á la gravedad de la afrenta. Levantémosle tú y yo todo su equipage y todo su dinero para repartirle despues entre los dos como buenos hermanos. No obstante mi natural proposicion á robar no dexó de estremecerme y de causarme algun horror un robo tan importante. En medio de eso el archi-ganzuá que me hizo la proposicion tuvo arte para hacérmela tragar y vencer mi cobardia. Así que, acordada la execucion, se practicó de esta manera. El jaqueton, hombre robusto y rollizo, vino á la posada el dia siguiente á boca de noche. Mostréle el gran baul de mi amo, y le pregunté si podria él solo cargar con tan grande peso? sonrióse á lo marrajo, y me respondió: ¿qué llamas si podré con él? Sábete que quando se trata de cargar

gar con la hacienda agena seria yo capaz de llevar acuestas toda el arca de Noé. Diciendo esto acercóse al baul, echósele á las espaldas como si fuera una paja, y baxó las escaleras con la mayor ligereza. Seguile yo al mismo paso, y ya estábamos los dos á la puerta de la calle quando se nos puso delante Don Abel, que por gran fortuna suya llegó á tiempo tan oportuno.

¿A dónde vas con ese cofre? me dixo muy enfadado. Fue tanta mi turbacion que no acerté á responderle ni una sola palabra. Mientras tanto mi bravo guapeton posó boniticamente en tierra el baul, y puso los pies en polvorosa para ahorrar demandas y respuestas. ¿Dime, bribon, (me volvió á preguntar mi amo) á dónde llevas ese baul? Señor, le respondí mas muerto que vivo, le hacia llevar al navio donde su merced se ha de embarcar mañana para Italia. ¿Pero por donde sabias tú, me replicó, en qué navio me habia de embarcar? Señor, repuse prontamente, *quien lengua tiene á Roma vá.*—Informariame en el puerto, y allí lo hubiera sabido. Al oirme esta respuesta, que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos que parecia me queria tragar, temiendo yo repitiese las bofetadas: pero dime, replicó otra vez, ¿quien te mandó que sacases el baul del meson sin orden mia? ¿Qué llama *sin orden de Vmd.*? volví yo tambien á replicar. Su merced mismo me lo mandó. ¿Cómo, dixo, yo te he manda-

do

do tal cosa? ¿Pues no se acuerda su merced (respondí) de lo que me dixo el dia de las bofetadas riñéndome porque no prevenia sus órdenes, y no hacia por mí mismo quanto sabia ser de su servicio sin esperar á que todo me lo mandase? ¿Habia cosa mas necesaria al servicio de su merced que hacer llevar el baul al navio antes que su merced se embarcase? ¿Y habia de esperar para ello el mismo instante del embarco? Entonces el señor jugador conociendo que tenia yo mas malicia de lo que él habia creído, me despidió de su casa, diciéndome friamente: señor Scipion, yo no me acomodo con criados tan sutiles; váyase Vmd. donde su suerte le depare, y Dios le dé buena fortuna. No gusto jugar con sugetos que en el juego siempre tienen una carta de mas ó de menos. Quitate de mi presencia, añadió, mudando de estilo y aun de tono, si no quieres que te haga cantar á compas de una desagradable solfa.

No esperé á que me lo dixese dos veces. Hícele una profunda reverencia, y tomé calle arriba, meditando desde luego dónde iria á comer aquel dia, y á gastar un par de reales que tenia en la faltriquera, los cuales componian todo mi caudal. Pensando en esto pasé por el palacio arzobispal á tiempo que se estaba disponiendo la cena, y salia de la cocina un olor de los cielos, que se sentia á la redonda, y era capaz de resucitar á un difunto. ¡Cáspita! dixé entre mí, yo me contentaria con qualquiera de

es-

estos platos, solo con que me dexasen meter en alguno de ellos los quatro deditos, y el pulgar. ¡Pero qué! ¡será esto imposible! ¡Y será tan pobre mi imaginacion que no me socorra con algun arbitrio para probar unos guisos y salsas que solo me han llegado á las narices? Entregado enteramente á este pensamiento me ocurrió una feliz invencion que quise probar inmediatamente, y no me salió mal. Entréme en el patio de palacio, y comencé á correr hácia las cocinas gritando con todas mis fuerzas en ayre y tono de espantado: *socorro, socorro*; como si me viniera siguiendo alguno para quitarme la vida.

A mis descompasados gritos acudió apresurado el cocinero del Arzobispo, para informarse del motivo de ellos con otros tres ó quatro pillos de cocina; y no viendo á nadie mas que á mí, todos me preguntaron qué tenia, y por qué daba aquellos gritos. Señores, les respondí afectando miedo, por amor de Dios sálvenme Vmd. y librenme de este asesino que me quiere matar. ¿A dónde está ese asesino? dixo entonces levantando la voz el cocinero, porque tú estás solo, y no viene tras de tí ni siquiera un gato. Sosiégate, hijo, y no temas, que ninguno te hará mal. Sin duda que algun bufon se quiso divertir poniéndote miedo, y se retiró quando te vió entrar en palacio, donde no se atrevió á seguirte; y en verdad que lo acertó, porque si hubiera tenido ese atrevimiento

le

hubiéramos cortado las orejas. No señor, no señor, le respondí haciendo del azorado: no me siguió por hacer burla, siguióme porque era un grandísimo ladrón que me queria robar lo que tenia, y estoy cierto que me estará esperando escondido en algun rincón ó tras de alguna puerta. Si fuere así, replicó el cocinero, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aquí, y no te dexaremos salir hasta mañana.

No puedo ponderar el gusto que me dieron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé quando conducido por el cocinero á las cocinas se me presentó á la vista el tren y los grandes preparativos que se hacian para la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella, mas no pude contar la variedad de exquisitos platos que tenia delante de los ojos. Entonces fue quando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el humo de tantas delicadíssimas viandas que jamas habia gustado. Aquel día tuve el honor de comer, y aun de dormir con los pillos de cocina, los quales todos quedaron tan pagados de mí, que quando á la mañana siguiente fui á dar gracias al cocinero por el favor que me habia dispensado en recogerme y darme asilo la noche anterior, me dixo: mis mozos de cocina han quedado tan contentos y prendados de tí, que todos á una voz me han asegurado que celebrarán te quedases en su compañía. Dime ahora

TOMO IV.

con

con toda realidad si gustarias ser compañero suyo. Señor, le respondí prontamente, si lograra esa fortuna me tendria por muy feliz. Siendo eso asi, me respondió, desde este mismo punto te puedes contar por criado del Arzobispo mi señor. Diciendo y haciendo me llevó al quarto del mayordomo, el qual observando mi despejo, á letra vista me confirmó en el empleo de arrima-leña y espuma-ollas de su Señoría Ilustrísima.

Luego que tomé posesion de tan decoroso empleo, el cocinero que seguia la antigua costumbre en los cocineros de casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus damas, puso los ojos en mí para enviar á cierta niña de la vecindad, ya grandes lonjas de ternera, ya todo género de platos de volatería, montería y pastas delicadas. Era la tal dama una viudica como de treinta años, linda, vivaracha y muy desembarazada, en fin con todas las señales de no ser lo mas exáctamente fiel á su generoso cocinero. Este no contento con proveerla de pan, carne y aceyte, la hacia tambien la provision de vino, y todo esto (ya se entiende) á costa del buen Arzobispo.

En el Palacio de su Ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas, jugando una pieza de que todavía hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pages y otros familiares pensaron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escogieron la famosa

dellos *Benaruides*; y como era menester un mozo poco mas ó menos de mi edad para hacer el papel del Rey de Leon, pusieron los ojos en mí. El mayordomo que se preciaba de gran recitante, tomó de su cuenta ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no sería yo el que lo hiciese peor. Como la fiesta se habia de hacer á costa del Arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que saliese magnífica. Levantóse en un salon un soberbio teatro, decorado con el mejor gusto, y no sin alguna suntuosidad. En una de sus alas se dispuso una especie de cama de céspedes, donde debia yo fingirme dormido quando viniesen los Moros á echarse sobre mí para hacerme prisionero. Luego que todos los actores se hallaron ensayados y prontos para representar, el Arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la Ciudad.

Llegada la hora de la representacion cada papel cuidó de vestirse con el trage que le correspondia. Por lo que toca al mio el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir para que todo saliese á gusto suyo. Trájome el sastre una ropa talar en figura de toga de riquísimo terciopelo carmesí galoneado todo con franjas de oro anchas de quatro dedos, y las mangas, que pendian hasta tocar la tierra, abotonadas con boto-

nes todos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por sus manos una corona de carton dorado adornada toda con perlas finas mezcladas con algunos diamantes falsos. Cñéronme con un ceñidor ó anchurosa vanda de seda color de rosa, recamada toda con flores de plata, y terminando por la parte anterior en dos graciosas borlas de flequillo de oro. A cada una de estas cosas que me ponian, se me figuraba á mí que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer. Yo abrí la escena con mi relacion, la qual concluía diciendo que rendido ya á la grave opresion de un porfiadísimo suño iba á echarme en la cama para abandonarme á él. Con efecto me retiré á la que me tenían prevenida tras de bastidores á un lado del teatro; pero en lugar de dormir solo me puse á pensar muy de propósito en el modo que tendria para escaparme con mis hábitos reales. Habia dentro del teatro una escalerilla excusada, por la qual se baxaba á una pieza que estaba debaxo de él y caía á la calle. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que ninguno me observaba me enfilé por dicha escalerilla, diciendo: *plaza, plaza, con licencia de Vmds. señores*, á los que estaban en la pieza, los quales todos creyendo que se me habia ofrecido alguna cosa precisa, me hicieron lugar con la mayor cortesía, y boníticamente me dexaron pasar. Luego que me ví en la calle me fuí derecho

á casa de mi amigo el valenton que vivia cerca del Palacio Arzobispal. Quedó extrañamente admirado quando me vió en aquel trage; contéle el hecho informándole de todo, y él se echó á reir hasta desgañitarse. Dióme despues un abrazo muy estrecho, bien persuadido á que le tocaria alguna parte de los despojos del Rey de Leon, añadiendo que si los progresos correspondian á los principios haria yo gran ruido en el mundo por mis raros y extraordinarios talentos. Despues que nos alegramos y nos divertimos largamente los dos celebrando mi gran golpe de mano, pregunté yo á mi jaqueton: ¿y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos? Eso no te dé cuidado, me respondió, déxalo á mi cargo, y fiate de mí. Conozco á un revendedor muy hombre de bien, el qual compra toda la ropa que le van á vender sin afectar escrúpulos impertinentes, ni mostrar la mas mínima curiosidad, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le haré venir á casa.

Efectivamente al dia siguiente muy de mañana se levantó dexándome á mí en la cama, y dos horas despues volvió con el revendedor, el qual traía debaxo de la capa un paquete de lienzo amarillo. Amigo, me dixo, aquí te traigo al señor Ibañez de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal exemplo que le dan los de su oficio. El te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quieres deshacer,

y

y puedes fiarte ciegamente de lo que él te dixere. En quanto á eso, dixo el revendedor, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo, si tasára una cosa en solo un maravedí menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañez el Segoviano. Veamos, añadió, esa ropa que Vmd. quiere vender, y esté bien seguro de que no la tasaré en un cornado menos de su legítimo valor. Aquí está, dixo el valenton, poniéndosela delante. No me negará Vmd. que es verdaderamente magnífica: observe Vmd. el noble tejido, el bellissimo lustre del terciopelo, que es de Génova, y el inestimable precio de esta riquísima franja de oro. Verdaderamente estoy como encantado, respondió el revendedor, despues de haber examinado el vestido con la mayor atencion; es de lo mayor y mejor gusto que he visto en toda mi vida. ¿Y qué juicio hace Vmd., le preguntó el guapeton, de las perlas que adornan esta corona? Si fueran redondas, respondió, no tendrian precio; pero tales quales son me parecen bellisimas, y me gustan tanto como todo lo demas. No puedo menos de confesar la verdad. Qualquiera otro revendedor mas ladino ó menos escrupuloso rebaxaria mucho el valor de este precioso vestido, despreciando su calidad para comprarle por poco dinero, y no se avergonzaria de ofrecer por él veinte doblones; mas yo que tengo conciencia y he leído mi poquito de Moral ofrezco quarenta.

Aun

Aun quando hubiera el Segoviano ofrecido ciento no seria mucho, puesto que solamente las perlas valian doscientos. Pero el valenton, que se entendia con él, volviéndose á mí, me dixo: vea Vmd. la fortuna que ha tenido en dar con un hombre tan timorato y tan de bien. El señor Ibañez aprecia las cosas ni mas ni menos como lo haria si se hallára en la hora de la muerte. Asi es, respondió el revendedor, y por eso no hay que regatear conmigo ni sobre un solo maravedí; en cuya suposicion este es ya negocio concluido. Aquí está el dinero, añadió, ¿no hay quien le quiera contar? Espere Vmd. le replicó el valenton, antes de contarle es menester que el amigo pruebe ese otro vestido que Vmd. le ha traído. Desenvolvió entonces su paquete el revendedor, y me presentó una casaca con chupa y calzones de paño musco fino, pero ya usado y algo raído, con botones plateados. Levantéme para probar el vestido, el qual en la realidad me venia muy ancho, y no menos largo: pero aquellos dos sugetos se empeñaron en persuadirme que parecia haberse hecho justamente para mí. Ibañez le tasó en diez doblones, y como nada se habia de replicar á lo que decia, me fue preciso pasar por ello. Sacó, pues, treinta doblones del bolsillo, contólos, arrojólos sobre una mesa, recogió en un envoltorio mis hábitos Reales, hizonos una profunda reverencia, y tomando la puerta y la escalera se retiró á su casa.

Lue-

Luego que salió del quarto me dixo el valenton: este buen revendedor me gusta mucho; y tenia razón, porque estoy seguro que sacaria de él á lo menos cien doblones de aquel lance. Sin embargo no se contentó con ello, antes bien con la mayor serenidad, y sin la menor ceremonia tomó quince doblones de los treinta que estaban sobre la mesa, y entregándome á mí los otros quince, me dixo, querido Scipion, aconsejote que con esos doblones que te restan salgas sin perder tiempo de esta Ciudad, donde puedes considerar las diligencias que se harán á instancias del Arzobispo para pillarte, y seria para mí un dolor inconsolable, si despues de la heroica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre echáras un borron en la historia de tu vida, leyéndose en ella que por una necia confianza te habias ido á meter en una horrenda prision. Respondíle que ya estaba bien resuelto á alejarme quanto antes de Sevilla: y con efecto, despues de haber comprado un sombrero y algunas camisas salí de la Ciudad, y por la vasta y deliciosa campiña que entre olivares y viñedo conduce á Carmona, tomé el camino de aquel pueblo, y en tres dias llegué á la amenísima Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familias natural de Toledo, que viajaba únicamente por instruirse y ver mundo: mi decente vestido ayudaba á que se

cre-

creyesen era así, y algunos doblones que con afectacion dexé ver al mesonero le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis juveniles años no me tuvo por algun mozuelo libertino que se habia escapado de casa de sus padres despues de haberlos robado, y se iba á correr mundo gastando alegremente el dinero. Sea lo que fuere, el tal mesonero no se mató mucho por averiguar quien era yo, quizá por temor de que me fuese á otra posada si llegaba á molestarme su curiosidad. En aquel meson se daba á todos un decente trato por solos seis reales al dia: moderacion y conveniencia que siempre atraía á él gran concurrencia de gentes. Eramos por lo comun doce personas en la mesa redonda. Ordinariamente ninguno hablaba palabra, á excepcion de un grandísimo hablador, que á diestro y siniestro estaba garlando toda la comida, y con su incesante parladuria suplía bien el profundo silencio de todos los demas. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes que nos divertian, y alguna vez nos hacian reir, menos por su poca, y esa muy grosera sal, que por su impertinencia, y su helada frialdad.

Por lo que tocaba á mí hacia tan poco caso de todo lo que garlaba aquel loquaz é irrestañable ente, que desde el primer plato me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razon de nada de lo que habia hablado, á no haberse metido él mismo en un discurso que me interesaba. Señores, dixo, quando ya se iban á levantar

TOMO IV.

P

los

los manteles: quiero regalar á Vmds. por pos-
tre un bocadico de gusto, contándoles una gra-
ciosísima burla que los días pasados hizo un buen
humor en el palacio del Arzobispo de Sevilla.
Refiriómela cierto Bachiller amigo mio que se
halló presente. Sobresaltáronme un poco estas pa-
labras, no dudando que la burla que iba á con-
tar era la misma que yo habia hecho, y con efec-
to no me engañé. Refirió el tal personage todo
el lance con la mayor puntualidad, añadiendo lo
que habia pasado despues que yo me habia salido,
que fue ni mas ni menos como lo voy á decir.

No bien me habia escapado quando siguiien-
do el orden de la comedia que se representaba,
los Moros que debian entrar á apoderarse del
Rey, y hacerle prisionero sorprehendiendole en
la cama, se dexaron ver en el teatro, pero queda-
ron extraordinariamente aturdidós quando bus-
cando al Rey de Leon se hallaron sin Rey ni
Roque. Interrumpióse la comedia, agitáronse
todos los actores; unos me llaman; otros me
buscan; este grita; y aquel me da á todos los
diablos. El Arzobispo, que oyó la bulla y la
confusion que habia dentro del teatro, pregun-
tó la causa. A la voz: del Prelado salió un page
que hacia el Gracioso, y le dixo: no es nada,
Ilustrísimo Señor el Rey de Leon ha tenido la
fortuna de escaparse de los Moros con sus hábi-
tos Reales. Mil gracias sean dadas al Señor, res-
pondió el Arzobispo: hizo bien su Magestad en
huir por no caer en manos de los enemigos de

la Religion, librándose de las cadenas que ya
le tenian prevenidas. Sin duda se habrá enca-
minado á Leon, capital de su Reyno; Dios quie-
ra que haya llegado con toda felicidad. Por lo
demas mandó seriamente que ninguno vaya en
busca suya; sentiria mucho que su Magestad
tuviese que padecer la menor desazon por
parte mia. Luego que dixo esto, dió orden que
se leyese en voz alta mi papel, y se acabase la
comedia.

CAPITULO XI.

Prosigue la historia de Scipion.

Mientras me duró el dinero, el mesonero me
trató con grande atencion y muy cariñoso; pero
quando se me acabó mudó de tono, hablándome
siempre con aspereza, con desprecio, y con
sacudimiento, tanto que una mañana me llegó
á decir que le hiciese la merced de salir quanto
antes de su casa. Díle este gusto prontamente,
dexé su meson, y entréme en la Iglesia de San-
to Domingo á oír Misa. Mientras la estaba
oyendo se acercó á mí un pobre viejo y me pi-
dió una limosna por amor de Dios. Díle un
quarto, diciéndole al mismo tiempo: hermano,
pida al Señor que me haga hallar una buena
conveniencia; si fuere oída su oracion no se ar-